



Educación y Nación: *varias manos mecen la cuna*

por Orlando Márquez

Hace unos días vi nuevamente a mis hijos cargar sus mochilas con libros y libretas, vestir uniforme rojo y blanco y dirigirse -después de dos meses de vacaciones, durante los cuales sólo pudieron disfrutar de unas horas de mar y sol y de breves pero buenos ratos en familia- al deteriorado edificio de lo que fue una magnífica escuela pública de barrio.

Es casi inevitable el recuerdo de mis años escolares, desde aquellos primeros en Ciudad Libertad: inolvidables con mi tiránica maestra "makarenko" durante los cuatro primeros años, repitiendo con cada "reglazo" su nombre y apellidos para que no lo olvidáramos, lo que se ha cumplido.

Recuerdo que éramos millares en aquel complejo de edificaciones que había albergado la más importante fortaleza militar en los años anteriores a la revolución: Columbia. Los cuarteles se habían convertido en escuelas, también Columbia, rebautizada como Ciudad Escolar Libertad. Recuerdo también que con cierta frecuencia, en la tarde, nos quedábamos solos, no sabíamos por qué, eran los momentos del juego fuera de control, o de "broncas", o de expandir el vocabulario con aquellos compañeros de aula que por su edad deberían haber estado en nivel secundario, pero que hasta esa fecha no habían asistido a una escuela. Y en medio del apogeo estudiantil, sin avisar, aparecía la inolvidable "makarenko" rugiendo y vociferando, esgrimiendo sus reglas y dejándola caer de vez en cuando sobre los más rebeldes.

Entiendo que una de las más nobles y provechosas acciones que pueda emprender un Estado es precisamente la educación. Ya algunos países europeos tenían establecida la enseñanza primaria obligatoria en el siglo XIX, los frutos los recogen hoy. Un pueblo instruido lleva en sí los códigos del progreso social, aunque en ocasiones el contexto no permita la explosión del progreso. Hoy en Cuba es obligatoria la enseñanza hasta el noveno grado. Cuantos recursos se dispongan para la educación, cuanto esfuerzo se haga por mantener este nivel o superarlo merece reconocimiento. Yo lo aplaudo. Lo aplaudiría más, pero no todo es para ser aplaudido. No sólo debo aplaudir, como simple espec-

tador de un drama en el cual no tiene participación alguna. No. Expongo entonces algunos criterios.

J, es una joven de 15 años, fue el primer expediente en su graduación de 9º Grado. J no estudiará el preuniversitario porque para ello tendría que ir becada a un Instituto Preuniversitario en el campo y sus padres, con el derecho que les asiste, no quieren que sea así. Ellos, como cualquier padre y madre buenos, quieren lo mejor para su hija, quieren que llegue a la Universidad, sea profesional y prepare su futuro, y se duelen y sufren cuando niegan esa posibilidad, porque consideran que lo mejor para su hija *no está* en la beca. Por si fuera poco, J tampoco desea estar en la beca. El preuniversitario urbano resultó imposible. Ni las cartas ni las entrevistas resolvieron algo. Nadie pudo defender sus intereses, porque el sistema educacional vigente, tal como está concebido, no da más alternativas, ni más opciones: o el preuniversitario becado o el técnico medio.

T, es un joven de 16 años, también ha terminado los estudios secundarios. El no es primer expediente, tal vez sea uno de los últimos expedientes. A él no le preocupa, él solo quiere aprobar, no quiere altas notas, él sabe que le atraparán el servicio militar antes de pisar un aula universitaria. La universidad es para él como un viaje a la luna, y el preuniversitario resulta una pérdida de tiempo. "Más valen dos o tres años de técnico medio, al menos ya tengo un oficio cuando sea reclutado", así piensa.

La educación es una inversión sumamente costosa para cualquier país, máxime cuando se universaliza -como es nuestro caso- y no hay que pagar dinero por ella. La inversión en educación no se recupera en dos, tres o cinco años. Cuando un país invierte en educación en un niño desde los 5 años hasta los 18 años, se hace una inversión a largo plazo, para el futuro del país, para el progreso del mañana. Es un error en este caso confundir los medios con el fin. El fin no es tener las escuelas llenas, el fin es que cada ciudadano tenga efectivamente el derecho a estudiar y crecer como persona, por un lado, y por otro, contar mañana con la capacidad intelectual

de aquellos que asisten hoy a las escuelas. Esa sería la verdadera riqueza de este país.

Al entrar en la adolescencia, el estudiante necesita sentir desde entonces confianza en el mañana, no un mañana que le asegure un puesto de trabajo donde podría estar insatisfecho, garantizando así índices bajos de desempleo; el joven estudiante no quiere ni necesita que piensen por él, antes bien, él quiere y necesita el desafío y probarse a sí mismo.

Necesita creer que el futuro es palpable y que todo esfuerzo hecho hoy le garantizará el éxito mañana. El necesita sentir que el futuro se acercará o se escapará, en la medida en que él aumente o disminuya su esfuerzo de hoy. Pero si el adolescente percibe que el futuro le ha sido programado, si se da cuenta que no hay más de una opción, el futuro pierde para él todo su encanto, al entrar en la juventud su sueño ha comenzado a envejecer. Si esto ocurre, no sólo pierde él como persona, pierde también el país. Es evidente además una fuerte desorientación vocacional, explicable tal vez por esa incertidumbre hacia el futuro, sin embargo, cualquier intento de apoyo o estímulo por parte de los adultos podría resultar positivo.

El preuniversitario internado es una posibilidad de estudio, quizás la mejor para algunas familias, pero no para todas, no debe ser la única opción, debe haber otras opciones: un hombre sin opciones ha llegado al umbral de la frustración, las consecuencias de la frustración son desastrosas y lo invertido durante tantos años podría perderse, de hecho se ha perdido y se sigue perdiendo en muchos casos.

Los padres no poseen escuelas, deben enviar a sus hijos a escuelas estatales, pero la política educacional no debe desestimar los intereses de las familias, la aceptada y proclamada "célula fundamental de la sociedad". La política educacional debe tener en cuenta

que no todos los padres están contentos con el preuniversitario interno o con los 45 días de escuela al campo -criterio éste que comparten muchos campesinos. La interpretación del concepto martiano no ha sido muy feliz ¿No habrá otras formas de combinar el estudio con el trabajo?

Cualquier Estado o gobierno, de corte centralizado o no, dirige la política educacional hacia aquellos objetivos que considera de su interés y establece prioridades. Pero establecer prioridades no debe significar establecer métodos que impliquen exclusiones forzadas. Muchos jóvenes logran acomodarse con dificultades a las propuestas únicas que se dan hoy, para otros esa es precisamente la propuesta ideal; pero hay otro grupo, considerable también, que no acepta esa propuesta: no deben ser olvidados. No todos podrán ser técnicos, graduados de preuniversitario o profesionales, pero deben estar dadas las condiciones para que todo aquel que tenga capacidad para serlo lo alcance.

Un mínimo de intuición nos permite pronosticar que se acercan días en los cuales pesará más la capacidad intelectual, técnica o profesional, que aquellos cánones que miden hoy la "actitud ideológica" u otros aspectos, para ocupar determinadas plazas. La aptitud irá ganándole espacio a la actitud, y no actuar en consecuencia desde ya, sería una falta de previsión lamentable.

La mano de los padres no es la única que mece la cuna, por cuanto no depende solamente de ellos la educación de sus hijos. Los que gobiernen y trabajen mañana en el país serán la obra de varios responsables.

Yo "meceré la cuna" de la mejor forma posible, mientras los acompaño, con mi esposa, a la escuela o cuando hacen sus tareas en casa, mientras me pregunto también ¿qué podrá hacerse para que ese edificio, donde aprenden hoy en compañía de otros niños, llegue a parecerse otra vez una escuela? □

Nota de Prensa

Procedente de los Estados Unidos, arribó a Cuba un avión con 12 toneladas de medicinas donadas por la Catholic Relief Services, organización de la Iglesia católica norteamericana, y destinadas a los programas de ayuda humanitaria de Cáritas Cubana.

El cargamento, valorado en 3,4 millones de dólares, consiste en más de cuarenta tipos de medicamentos entre los que se destacan insulina humana lenta tipo U-100, suficiente para todos los niños diabéticos durante tres meses y todos los pacientes insulino dependientes de las provincias de Guantánamo y Granma, así como catorce tipos de antibióticos destinados a los hospitales clínicos quirúrgicos y pediátricos provinciales y otros medicamentos también donados a hospitales y hogares de ancianos.

Catholic Relief Services vienen colaborando con los proyectos de Cáritas Cubana desde 1993 y en la actualidad es el segundo donante de medicamentos utilizados en el sistema de salud cubano.

El Sr. Kenneth F. Hackett, Director Ejecutivo de la citada institución donante, manifestó en La Habana, al momento de entregar el cargamento, la intención de continuar estos programas de ayuda y ampliarlos a otras esferas, con la participación activa de Cáritas Cubana.